

## LA ESTRUCTURA DE *PEDRO PÁRAMO*

A primera vista, la novela *Pedro Páramo* (1955)<sup>1</sup> de Juan Rulfo da la impresión de tener una estructura bastante desorganizada, por no decir caótica. No se sabe, por ejemplo, si los personajes están vivos o muertos; no se sabe, a veces, quién habla, o con quién se habla, o de quién se habla. El personaje narrador, Juan Preciado, muere antes de que la novela llegue a la mitad de su desarrollo. Hay cambios, sin aparente transición o motivación, de un local a otro, de una época a otra, del mundo de los vivos al de los muertos. Una lectura cuidadosa, sin embargo, revela que, dentro de esa aparente confusión, hay una ingeniosa estructura, bien organizada y con una rígida lógica interna.

El argumento de la novela es más que sencillo. Pedro Páramo, el protagonista, es un personaje sin fortuna, pero con grandes ambiciones. Poco a poco, ya por medio de la astucia, ya por medio de la fuerza, logra apoderarse de todas las tierras de la región. Primero, para despojarla, se casa con Dolores Preciado, a quien no ama. Cuando se cansa de ella, la abandona con su hijo Juan y se queda con su patrimonio. Viene después el robo de las tierras de Aldrete, a quien ahorcan porque lucha en defensa de sus propiedades. Y así, de terror en terror, Pedro Páramo llega a ser cacique de la comarca, temido y odiado tanto por el peón como por el comerciante, por el abogado como por el cura. Su hijo Miguel es el azote de las mujeres de los pueblos circunvecinos: viola y asesina impunemente. Su vida y su muerte son violentas, irredimibles. No así la de Pedro, quien desde su adolescencia ha sentido un gran amor por Susana San Juan, amor que le hace menos odioso. Para poder casarse con Susana, ya viuda, Pedro manda asesinar al padre de su amada. Tras grandes contratiempos, Páramo por fin logra obtener lo que desea, su casamiento con Susana. Pero ya es tarde; ésta ha enloquecido. Cuando la enterran, Comala —la aldea— celebra una fiesta. Pedro Páramo jura vengarse: “—Me cruzaré de brazos y Comala se morirá de hambre. —Y así lo hizo” (p. 143). Su propia muerte, como la de su hijo Miguel, es violenta. Abundió el arriero, su hijastro; le acuchilla. Sin Pedro Páramo, Comala no puede sobrevivir. Su promesa, por lo tanto, se cumple: Comala muere de hambre.

<sup>1</sup> Las citas se refieren a la segunda edición, de 1959. Ambas ediciones fueron hechas en México por el Fondo de Cultura Económica.

Algún tiempo después Juan Preciado llega a Comala en busca de su padre. Con su llegada, siete días después de la muerte de su madre Dolores, da principio la novela.

Juan Preciado espera encontrar un pueblo de campos verdes bien cultivados, habitado por gente alegre. Esa es la visión que le ha dejado su madre. En cambio, halla un pueblo muerto, lleno de murmullos, de ecos, de sombras, de almas en pena, enclavado en una región árida, sin árboles, sin vida animal o vegetal. El ambiente de misterio y los personajes fantasmas están magistralmente creados. Rulfo, por medio de un estilo que podría llamarse mágico, logra hacer vivir al pueblo muerto. La transición de lo real a lo irreal, de la vida a la muerte, de este mundo al otro mundo es casi imperceptible. Los personajes tienen características de seres vivientes, pero también de muertos. Cuando un personaje muere, como Miguel Páramo, sigue actuando, visitando a sus amigos, conversando con ellos. Esto es posible debido a que en la novela el tiempo no existe, no transcurre. Por eso le es posible a Rulfo estructurar su novela en fragmentos yuxtapuestos, sin orden temporal ni espacial. En el tiempo se pasa del presente al pasado, y en el espacio de un escenario a otro, sin necesidad de transiciones retóricas formales. Los fragmentos se entrelazan sin orden aparente alguno.

En la primera parte de la novela, esto es, desde la llegada de Juan a Comala hasta su muerte dos días después (pp. 7-72), el punto de vista es el del personaje narrador, quien cuenta en primera persona: "Vine a Comala porque me dijeron que acá vivía mi padre, un tal Pedro Páramo. Mi madre me lo dijo" (p. 7). Técnicamente, aunque todavía no se sabe —el autor no lo dice—, Juan no cuenta directamente al lector todo lo que le ocurrió en Comala durante los dos días que pasó allí, sino a Dorotea, quien comparte con él la misma tumba. Para ello se vale de varios procedimientos; pero predomina la dramatización de los diálogos que sostuvo con los pocos habitantes que encontró en el pueblo —Abundio, Dorotea, Eduviges Dyada, Damiana, Donis y su mujer. De éstos, los únicos que aparentemente no están muertos son Dorotea, Donis y su mujer; y tal vez la hermana de ésta, quien aparece por un instante, aunque sin hablar. Según la mujer de Donis, también están vivos Filomeno, Melquiades, Prudencio el viejo, Sóstenes. Pero estos personajes no aparecen en la novela. De Abundio, Eduviges dice que ya murió (p. 23). La misma Eduviges es un personaje fantasma, que no parece ser de carne y hueso: "Sólo yo —dice— entiendo lo lejos que está el cielo de nosotros; pero conozco cómo acortar las veredas. Todo consiste en morir" (p. 16). Juan la describe así: "Su cara se transparentaba como si no

tuviera sangre, y sus manos estaban marchitas... Llevaba un vestido blanco muy antiguo recargado de holanes" (p. 23). Que Eduviges ya está muerta lo confirma Damiana. Cuando ésta le pregunta a Juan cómo entró en el cuarto donde ha pasado la noche, ya que no hay llave para abrir la puerta, Juan contesta:

—Fue doña Eduviges quien abrió. Me dijo que era el único cuarto que tenía disponible.

—¿Eduviges Dyada?

—Ella.

—Pobre Eduviges. Debe de andar penando todavía (p. 43).

Y resulta que Juan se mueve entre fantasmas, ya que Damiana también está muerta. El anterior diálogo entre Juan y Damiana termina así:

—Entonces [pregunta Juan] cómo dio usted conmigo?

—...

—¿Está usted viva, Damiana? ¡Dígame, Damiana!

Y me encontré de pronto solo en aquellas calles vacías...

—¡Damiana! —grité—. ¡Damiana Cisneros!

Me contestó el eco: "¡... ana... neros...! ¡... ana... neros...!" (páginas 54-5).

Quedan, en fin, Donis y su mujer, quienes, con la ayuda de Dorotea, entierran a Juan cuando éste muere. Él mismo relata —o le relata a Dorotea— hasta el último momento de su vida; la única noche que pasa en Comala, se refugia en casa de Donis y su mujer. Cuando ya no aguanta más, sale a la calle a buscar aire. Juan termina su relato así:

Y es que no había aire; sólo la noche entorpecida y quieta, acalorada por la canícula de agosto.

No había aire. Tuve que sorber el mismo aire que salía de mi boca, deteniéndolo con las manos antes de que se fuera. Lo sentía ir y venir, cada vez menos; hasta que se hizo tan delgado que se filtró entre mis dedos para siempre.

Digo para siempre.

Tengo memoria de haber visto algo así como nubes espumosas... Fue lo último que vi (pp. 71-72).

Dorotea, que vivía cuando Juan murió, completa el relato. Cuenta cómo ayudó a Donis a enterrar a Juan, y luego dice que ella misma se sentó a esperar la muerte. "Después que te encontramos a ti, se resolvieron mis huesos a quedarse quietos... Me enterraron en tu misma sepultura y cupe muy bien en el hueco de tus brazos... ¿Oyes? Allá afuera está lloviendo. ¿No sientes el golpear de la lluvia?" (p. 76).

Dentro de su relato, Juan Preciado intercala, sin que se note la presencia del narrador, 1) sus propios pensamientos, que reproducen los diálogos mantenidos con su madre antes de que ésta muriera; para ayudar al lector, esa parte va en letra bastardilla o entre comillas:

Me acordé de lo que me había dicho mi madre: "Allá me oirás mejor. Estaré más cerca de ti. Encontrarás más cercana la voz de mis recuerdos..."

Hubiera querido decirle: "Te equivocaste de domicilio. Me diste una dirección mal dada. Me mandaste... a un pueblo solitario. Buscando a alguien que no existe" (pp. 13-14).

2) sus observaciones de la realidad circundante: "Sin dejar de oír[a Eduviges] me puse a mirar a la mujer que tenía frente a mí..." (p. 23); 3) escenas recordadas o visualizadas por algún otro personaje —no el narrador—, como cuando Eduviges reconstruye la trágica muerte de Miguel Páramo (p. 28); 4) diálogos entre personajes desconocidos, y tal vez ya muertos, del pueblo: "Y como si estuvieran a la vuelta de la esquina, alcancé a oír a unas mujeres que platicaban: —Mira quién viene allí. ¿No es Filoteo Aréchiga? —Es él. Pon cara de disimulo... La noche. Mucho más allá de la medianoche. Y las voces: —... Si te digo que si el maíz este año se da bien, tendré con qué pagarte... —Mañana, en amaneciendo, te irás conmigo, Chona. Ya tengo aparejadas las mulas. —¿Y si mi padre se muere de rabia? Con lo viejo que está... Ruidos, voces. Rumores. Canciones lejanas:

*Mi novia me dio un pañuelo  
con orillas de llorar..."*

(pp. 55-58).

En esta primera parte, entretrojadas a la narración de Juan Preciado, se presentan también, desde el punto de vista del autor omnisciente, escenas de la vida de Pedro Páramo: sus sueños cuando era niño; su amor por Susana; su vida en casa de su abuela; la muerte de su padre; su casamiento con Dolores Preciado; sus engaños y hasta crímenes para apoderarse de los terrenos circunvecinos, y sus relaciones con el Padre Rentería. Dentro de este relato de Pedro Páramo se intercalan 1) los pensamientos de algún personaje, como cuando Fulgor, el mayordomo de Páramo, llama a la puerta de su amo: "Tocó con el mango del chicote la puerta de la casa de Pedro Páramo. Pensó en la primera vez que lo había hecho, dos semanas atrás" (p. 45). Ocho páginas más adelante, leemos: "Tocó nuevamente con

el mango del chicote, nada más por insistir" (p. 52). Entre estos dos toques, *Fulgor* ha pensado en buen número de escenas relativas a la vida de Páramo; 2) monólogos interiores directos, como cuando el Padre Rentería se pone a pensar durante la misa: "Hay aire y sol, hay nubes. Allá arriba un cielo azul... Hay esperanza, en suma. Hay esperanza para nosotros, contra nuestro pesar. Pero no para ti, Miguel Páramo, que has muerto sin perdón y no alcanzarás ninguna gracia" (p. 33); 3) conversaciones entre personajes auxiliares, como la que ocurre entre peones desconocidos, con el propósito de caracterizar a Miguel Páramo:

—A mí me dolió mucho ese muerto —dijo Terencio Lubianes—. Todavía traigo adoloridos los hombros.

—Y a mí —dijo su hermano Ubillado—. Hasta se me agrandaron los juanetes. Con eso de que el patrón quiso que todos fuéramos de zapatos. Ni que hubiera sido día de fiesta. ¿Verdad Toribio?

—Yo qué quieren que les diga. Pienso que se murió muy a tiempo (página 38).

Después de cuidadosa lectura, es posible descubrir que Rulfo ha incluido en la novela ciertos motivos retóricos con el objeto de facilitar el cambio de un mundo a otro; esto es, del mundo de Juan Preciado al de Pedro Páramo. El motivo del agua introduce al lector, por lo general, al mundo de Páramo: "El agua que goteaba de las tejas hacía un agujero en la arena del patio. Sonaba: *plas plas* y luego otra vez *plas...*" (p. 17). Es el mundo de Pedro Páramo, cuando éste es un niño: "Pensaba en ti, Susana... De ti me acordaba. Cuando tú estabas allí mirándome con tus ojos de agua marina" (p. 18). A veces, el motivo del agua es lo único que indica que ya no se trata del mismo mundo. El siguiente diálogo entre Juan y Eduviges, por ejemplo, se ve interrumpido por un interludio en la vida de la familia Páramo. Eduviges habla:

—¿Has oído alguna vez el quejido de un muerto? —me preguntó a mí.

—No, doña Eduviges.

—Más te vale.

En el hidrante las gotas caen una tras otra. Uno oye, salida de la piedra, el agua clara caer sobre el cántaro (p. 31).

Diez páginas más adelante se vuelve al mundo de Juan Preciado, precisamente con la repetición de la frase que había pronunciado Eduviges cuando se interrumpió el diálogo: "—Más te vale, hijo. Más te vale —me dijo Eduviges Dyada" (p. 41).

En la segunda parte de la novela, o sea desde la muerte de Juan Preciado hasta el fin, se continúa la misma técnica del doble punto de vista, el de Juan y el del autor-narrador. Se introduce, sin embargo, un cambio importante en la estructura. Juan Preciado puede oír la voz de Susana, que está enterrada en una tumba cercana. Así, el autor ha sabido unificar los dos mundos, que habían permanecido separados. Juan oye, de labios de Susana, parte de la historia. Para introducir al lector en su mundo, se sigue haciendo uso del motivo del agua: "Al amanecer, gruesas gotas de lluvia cayeron sobre la tierra" (p. 76). Cuando se penetra en el mundo de Susana, es a través de su punto de vista: "Estoy aquí, boca arriba, pensando en aquel tiempo para olvidar mi soledad. Porque no estoy acostada sólo por un rato. Y ni en la cama de mi madre, sino dentro de un cajón negro como el que se usa para enterrar a los muertos. Porque estoy muerta" (pp. 93-94). Cuando Susana termina su monólogo, Juan, que la ha oído desde su tumba, pregunta:

—¿Eres tú la que ha dicho todo eso, Dorotea?

—¿Quién, yo? Me quedé dormida hace un rato. ¿Te siguen asustando?

—Oí a alguien que hablaba. Una voz de mujer. Creí que eras tú.

—¿Voz de mujer? ¿Creíste que era yo? Ha de ser la que habla sola. La de la sepultura grande. Doña Susanita. Está enterrada a nuestro lado. Le ha de haber llegado la humedad y estará removiéndose entre el sueño (p. 96).

Los diálogos entre Juan y Dorotea se ven interrumpidos también por otras voces de personas enterradas cerca de ellos. "Lo que pasa con estos muertos viejos —dice Dorotea— es que en cuanto les llega la humedad comienzan a removerse. Y despiertan" (p. 97). Los diálogos y monólogos entre los muertos se ven a la vez interrumpidos por escenas contadas por el autor-narrador —como en la primera parte—, pero sin dejar que se perciba su presencia. En el último fragmento de la obra, que no está dividida en capítulos, se dramatiza la muerte de Pedro Páramo, que muere, como había vivido, pensando en Susana.

Para unificar las dos partes de la novela, varios de los episodios —como por ejemplo el de la muerte de Miguel Páramo— se cuentan en ambas partes, pero desde diferentes puntos de vista. También se repiten los motivos, como el del agua, ya indicado, y las imágenes. En la primera parte, Pedro Páramo, de niño, piensa: "El día que te fuiste entendí que no te volvería a ver. Ibas teñida de rojo por el sol de la tarde, por el crepúsculo ensangrentado del cielo" (p. 27). En la

segunda parte, después de haber perdido a Susana, esta vez para siempre, Páramo, ya viejo, piensa: "Hace tiempo que te fuiste, Susana. La luz era igual entonces que ahora, no tan bermeja" (p. 144). Asociada a la figura de Miguel Páramo, encontramos la imagen de la lluvia de estrellas: la noche de su entierro, según se relata en la primera parte, "había estrellas fugaces. Caían como si el cielo estuviera lloviendo lumbre" (p. 38). En la segunda parte, el padre Rentería, mientras recorre las calles solitarias de Comala, piensa en la noche en que murió Miguel. Llega hasta el río, y allí se entretiene "mirando en los remansos el reflejo de las estrellas que se estaban cayendo del cielo" (p. 85). Asociado al recuerdo de Dolores encontramos la imagen del viento; al llegar a Comala, Juan recuerda lo que le había dicho su madre: "Llanuras verdes. Ver subir y bajar el horizonte con el viento que mueve las espigas... El color de la tierra, el olor de la alfalfa y del pan" (p. 25). Después de muerto, Juan reproduce el pensamiento de su madre: "Allá hallarás mi querencia... Mi pueblo, levantado sobre la llanura. Lleno de árboles y de hojas, como una alcancía donde hemos guardado nuestros recuerdos... Allí, donde el aire cambia el color de las cosas" (p. 72). Cuando, en la primera parte, se relata la muerte del padre de Pedro Páramo, se dice que había "un cielo plomizo, gris, aun no aclarado por la luminosidad del sol" (p. 32). En la segunda parte, Pedro piensa en la muerte de su padre, y reaparece entonces la imagen del cielo gris: "Vino hasta su memoria la muerte de su padre, también en un amanecer como éste; aunque en aquel entonces la puerta estaba abierta y traslucía el color gris de un cielo de cenizas, triste..." (p. 83).<sup>2</sup>

La presencia de Abundio, el arriero, sirve también como motivo unificador. En el primer capítulo es él quien lleva a Juan a Comala. Cuando reaparece, en el último capítulo, y da muerte a su padre Pedro Páramo, ya el lector ha olvidado quién sea. Sin embargo, su presencia al principio y al fin de la fábula da gran unidad a la trama; con Abundio se abre y se cierra el relato.

La novela tiene un marco estructural arquetípico: el hijo en busca del padre. Difiere de la estructura del hijo pródigo en que Juan Preciado busca a su padre para vengarse de lo que hizo con su madre, y no para reconciliarse con él. Este motivo, sin embargo, sólo sirve de marco externo para desarrollar el tema central de la obra, que es el rencor, al cual se le da cuerpo en el personaje central, Pedro Páramo. Cuando Juan llega a Comala, le pregunta al arriero: "¿Quién

<sup>2</sup> No menos importante que las imágenes, para dar unidad a las dos partes, es el uso de símbolos: las carretas (pp. 58, 89), el arrayán (pp. 36, 89), las estrellas y la luna (pp. 67, 128), los caballos y los toros (pp. 37, 129).

es [Pedro Páramo]? —volvió a preguntar. —Un rencor vivo, me contestó él” (p. 10). Cuando muere Miguel, su padre pregunta: “—¿Qué le hicieron?... Esperaba oír: ‘Lo han matado’. Y ya estaba previniendo su furia, haciendo bolas duras de rencor” (p. 84). Este resentimiento arraigado y tenaz es lo que induce a Pedro a dejar que Comala se muera de hambre. Pedro Páramo —ya el nombre es un símbolo— es el producto ácido de la región. “Vivimos —dice el señor cura de Contla— en una tierra en que todo se da, gracias a la Providencia; pero todo se da con acidez. Estamos condenados a eso” (p. 89). El padre Rentería le contesta: “—Tiene usted razón, señor cura. Allá en Comala he intentado sembrar uvas. No se dan. Sólo crecen arrayanes y naranjos; naranjos agrios y arrayanes agrios” (p. 89). El rencor en Pedro Páramo resalta con gran intensidad, debido a que es el resultado de su frustración amorosa. Su amor hacia Susana, insatisfecho, le hace odiar todo lo que le rodea; su venganza consiste en destruir al pueblo entero. Pero se destruye a sí mismo. El odio que le tiene al pueblo le come las entrañas. “Pedro Páramo miró cómo los hombres se iban... Quedaba él solo, como un tronco duro comenzando a desgajarse por dentro” (p. 133). A la hora de su muerte contempla la tierra, la tierra convertida, por su voluntad, en un páramo: “*Esta es mi muerte*, dijo... La tierra en ruinas estaba frente a él, vacía... Después de unos cuantos pasos cayó, suplicando por dentro; pero sin decir una sola palabra. Dio un golpe seco contra la tierra y se fue desmoronando como si fuera un montón de piedras” (páginas 151-152).

No todo en *Pedro Páramo*, por supuesto, es lúcido y transparente. Rulfo, creemos, ha tratado de reflejar en la estructura caótica el fondo mismo de la novela, que es en sí vago, indefinido, irreal, nebuloso. Pero unificado por el tono poético, a veces mágico, que ha sabido mantener a través de todas sus páginas.

LUIS LEAL

University of Illinois.